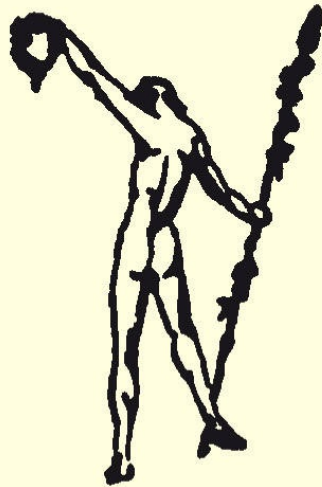


ANDRÉS GARCÍA CERDÁN

BARBARIE



ADONÁIS

646

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

BARBARIE

Un jurado compuesto por
Carlos Alcorta, Julio Martínez Mesanza,
Luis Salcines y Carmelo Guillén Acosta

concedió a este libro
el PREMIO ALEGRÍA 2015,
del Ayuntamiento de Santander

ANDRÉS GARCÍA CERDÁN

BARBARIE



ADONÁIS

646

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

© 2015 *by* Andrés García Cerdán
© 2015 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S.A. - Alcalá 290 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-321-4596-4
ePub producido por Anzos, S. L.

FLASH

IGUAL que un puñetazo en el estómago
te deja sin respiración,
doblado
sobre ti mismo, retorciéndote,
así este poema, recogido
de la lava de los volcanes,
a tus labios acude y en ti hierve,
en ti se clava y se retuerce.

Este poema explota en ti:
tú eres su estallido.

Como un hilo de lava viva, barre
y abrasa todo en tu interior,
te deja sin lenguaje
y te ahoga en su flash. Igual
que un trallazo de luz,
a la total penumbra y al dolor
del espino te devuelve,
ya escrito para siempre en un versículo
de fuego,
en el golpe mortal de cada día,
en la ceguera.

LA PIEDRA

LA piedra y su dureza, su estallido
secreto y su respiración,
la sequedad —como Valente quiso—,
lo nocturno, la nada.

Cuando la tengas en las manos,
tocarás el rugoso entendimiento
del mineral,
una fiereza inesperada y fértil.
Hay tanta inteligencia en estos surcos
irisados de siglos,
tanto sigilo de estaciones
a un paso siempre de la eternidad.

Sin darte cuenta, en su solidez
estarás sosteniendo el baile de los dioses,
la cruda antigüedad del mundo.

Para ti ha guardado este trozo de cielo
endurecido aquellos días
que fueron el origen, las primeras
mareas del mar, la primera luz,
la palabra primera.
Del suelo has recogido los destinos
de la sangre de un héroe,
el caliente crepúsculo en que ardió su figura,
los surcos infinitos de su nombre.

Por la cascada antigua de barrancos
que hay en ella
te dejarás llevar muy lejos, tanto
como seas capaz de ser ligero
y rebotar sobre las aguas
del río que se empeña en engullirte.

PESCADORES

INSENSIBLE a los focos, sin mover
un músculo, hierático
como un dios detenido en la miseria,
les explica a las cámaras que oyeron
la señal de socorro,
que por casualidad estaban cerca
y fueron al rescate. Es lo normal.
Llegados a la zona,
se encontraron con cuatro marineros
sobre una lancha salvavidas,
a merced de las olas del Cantábrico.
Y que en esa coordenada
se detuvieron poco tiempo,
si acaso diez minutos
para subir a bordo a aquellos desgraciados.
Que así pusieron rumbo
a la costa más próxima
mientras se ocupaban como podían
de los muchachos, ateridos
de frío, mucho frío, sí, y hambre.
Sobre todo lloraban. De los dos
desaparecidos no sabe nada.
Supone que estarán flotando
para siempre en sus camarotes. Aunque
quién sabe, con esta tormenta,
con esta marejada, con la mala
estrella que llevan encima.
No mueve un músculo. La reciedumbre
del viento y de las olas
le ha escrito en la cara una dureza de granito.
Apenas un asomo de temblor,
la mirada baja, algo
parecido a la pena
y esa sensación de no ser
ni de lejos un héroe le hacen
traducir un callado dolor por los ahogados.
Al fin, ese es el pan nuestro de cada día.

LUDUS MAGNUS

BAJO el cielo de Roma, la mañana
desentierra los restos
de una escuela de lucha.
El arte de morir
y matar se enseñaba en las entrañas
de esta estructura
ahora reducida a ruinas,
a negros muros de mampostería
y arcos vencidos. Ya no están
las columnas. De las paredes
se han desprendido los mármoles.
Algún ídolo permanece aún,
de milagro, anclado al púlpito impasible
de su antigua magnificencia.

Destrozada de escombros y saqueos,
incendiada mil veces,
hastiada de derrumbes y hundimientos,
aún brilla en lo oscuro
esta escuela de sangre,
aún se escucha su lección: qué es
vivir, qué significa ser esclavo,
cuál es el nombre de los héroes.

Por estancias hoy trágicas y lóbregas
un día desfilaron los atletas
en todo su esplendor
y fulgieron los músculos,
las espadas. Con toda dignidad,
el gladiador
se batió en las arenas contra el tigre,
contra los cielos,
contra la fuerza bárbara.
Para la nada hundió sus rodillas en tierra
en nombre del dios Mitra
o, de pie tras la lucha, alzó su copa
rebotante de néctares y triunfo
en un alto destino dictado por los sueños.

Ahora solo el frío y el letargo,
las linternas del arqueólogo,
el bullir de las ratas,
el flash vulgar de los turistas.

OLAS

SEGÚN su costumbre, las olas
van cantando a tu oído
la inconstancia del tiempo,
la impenetrable audacia de los golpes
que excavan nuestros pies.

Las olas que vienen y vienen
a despeñarse siempre
sobre sí mismas,
muy dentro de sí mismas,
en su asalto incesante al límite
y a esta verdad de carne y hueso,
en su estoica extracción
de la médula pura de los días.

LOS BÁRBAROS

EN Nínive, degüellan al ídolo, de un tajo,
las radiales. La estatua del asirio
acaba aquí sus días: ruedan
por el suelo su vida secreta y sus secretos.
Cerca, en el Valle de Bamiyán, flotan
con el aire los restos de Buda. Los colosos
se deshacen en una explosión de desierto.
No ahorraremos en medios —amenazan—: misiles
antiaéreos, tanques, dinamita.
Lo que haga falta. Nada importa que esta sea
la imagen única de Buda en pie:
se la arrodilla, se difama.
Salvajes cirujanos, armados de cinceles
y martillos, recorren la memoria
desdibujando el trazo de los sueños.
Hoy el mundo es un sitio más vulgar.

No hay nada nuevo bajo el cielo
en las imágenes. ¿De qué te asombras
si somos la depredación,
la locura, el desprecio? Los martillos
neumáticos mutilan otra estatua en Mosul
mientras tú callas. Esto es,
sin duda, el olvido. Nos merecemos
este destino innoble. Hasta aquí
nos ha arrastrado
nuestra atroz complacencia.
El vídeo resplandece, en su brutalidad
sin nombre, desplegándose en las redes:
su horror
es un éxito. Este hombre
que impávido machaca la nobleza
hierática de un rostro persa
sobre la gracia
y el arte de los tiempos ha escupido.

La ira enorgullece a quien profana
la pulida quietud.
Con fe ciega y con rabia, arponea

y destroza las carnes vivas
del granito y humilla las columnas
esmeradas, derriba el púlpito.
En público, alardea de entusiasmo
y arrebató moral. De dónde surja
tanta imbecilidad nadie lo sabe.
En este polvo oscuro, en esta histeria
y en estos pedazos de nada
hay quien ve la patética figura
de lo que somos y hemos sido:
una bestia insaciable y paradójica.
En un gran vertedero de vergüenza,
destrucción y penumbra nos movemos
como ratas. En mil pedazos
vuelan los santuarios. Solo se salva
el dinero.
Las tropas del gran Napoleón
matan su aburrimiento a cañonazos
disparando a los ojos de la Esfinge de Gizeh
y juegan a un *paint ball* mortal
con los dioses. Es faraónico
su deshonor. En Silos, se revientan
los cofres y se arrasan las vidrieras
por placer, se despoja al santo de sus joyas.
¿A qué precio se vende el mármol mítico
en los mercados europeos? ¿Qué fue de aquellos
claustros medievales, dejados
de la mano de Dios por los gobiernos,
hijos de nadie ya, para nadie? ¿Qué relieves
desgajados del frontispicio griego
son aún exhibidos en Londres y en Berlín
como trofeos de una cacería?
¿Por qué la indiferencia del soldado
mientras engulle el fuego
la inmensa Biblioteca de Bagdad?
Cumplimos órdenes: no intervenir.
No es nuestro problema.

Sobrevive la piedra, ennegrecida y vil,
la tierra ensangrentada sin sus frutos.
Sobrevive la infamia de saber
que somos la alimaña más dañina,

más inconsciente y más cruel del mundo.

RAYMOND CARVER

AL otro lado del teléfono, alguien
está gritando con un ímpetu
que no se esperaría de un cuerpo tan delgado.
Como si estuviera apurando todas
las fuerzas que le quedan, grita.
Desde la cocina. No grita por nada
especial. Es solo un dolor oscuro,
algo que necesita contarle a alguien.
Se oye de fondo el baile de los platos,
el trasiego de las cucharas, el choque
de los refrescos en el frigorífico.
Suenan como si ya no fueran para nadie.
También un gato, cuyo agrio maullido
se pierde en las terrazas. Y se oyen
también las lágrimas y la tristeza.
Aunque sea largo este hilo telefónico,
aunque haga milagros la fibra óptica,
nada puede decir lo que sucede
en ese rincón de la casa. Y sigue
gritando y ahora llora o se lamenta
de la letra pequeña de un anuncio
y de las ediciones baratas de poemas
y de algunos amigos muertos. Saltan
en las tiendas del barrio todas las alarmas.

EN LA INFANCIA DE YORICK

Jeremy spoke in class today

PEARL JAM

YORICK, pequeño cisne dislocado,
oculto en un baúl, mirabas a los príncipes
pasar con sus halcones soberbios en el brazo,
y a los blancos caballos de los príncipes
pasar en su leyenda, a las princesas
masturbarse en silencio ante el espejo mágico,
gemir entre las sábanas, aferrarse a la noche.
No eras ni una sombra. No eras las palabras
felices ni los sueños. Solo el pobre muchacho
que se escondía en un baúl vacío,
en el baúl sin máscaras, consciente
de que no alcanzaba hasta allí la sangre.
Aunque sí los ultrajes y las burlas,
sí la mutilación y la angustia, la herida.
¿Hacia dónde mirar? ¿Hacia qué lugar ir,
Yorick, pequeño cisne dislocado? ¿Hasta dónde
se extendían tus reinos sin reino, tus dominios?
Eras el niño hambriento del que nadie
se acordaba, la estrofa reventada por dentro,
el verso tragicómico. Tú, Yorick,
sí, tú que no sabías ni siquiera llorar
y en la boca tenías, siempre desencajada,
una última sonrisa a punto de morirse.

FRESAS

AMARGAN estas fresas. Las compramos ayer en el mercado, en el local de un mercader armenio. Deslizándonos entre la gente, heridos por el bullicio hermoso de la plaza, llegamos a la tienda: el mundo ardía en sus colores y en su encanto. La dulzura del sol y de la fruta bañaba la mañana. Mandarinas, peras, melocotones, kiwis, manzanas. La metáfora de la fiesta del mundo: la explosión, el júbilo, el trabajo de un hombre. Las monedas pasaron de una mano a otra. Se despidió en su lengua antigua, bendiciéndonos, el tendero. Ahora, ante la tele, mientras tomo la cuchara y mezclo las fresas con el yogur, ya antes de probarlas, lo sé: amargas. Yacen boca abajo, como lirios tronchados, cientos de personas. Su sangre deja charcos oscuros, regueros podridos, secos en las aulas. En Kenya, 2015. El hombre ha muerto y Dios también. No están los organismos oficiales para certificar tanta vergüenza. Disfrutan de su cóctel en terrazas con vistas a otro océano. No valen nada estas vidas. Valen nada los cuerpos. Vale nada este licor sagrado que hoy escancian brutalmente, desde el mayor odio posible, los hijos de la nada y la barbarie.

MANZANA

ADORARÁS

la manzana que muerdes
y que ahora destila sus zumos y su pulpa
por tu boca lasciva. Nada
puede el tiempo contra este júbilo,
contra este desenfreno delicioso
que corre por tus labios:
eres un hombre
entregado a la eternidad,
es para siempre este mordisco.

Adorarás el cielo
que acaba
con tu tristeza de supermercado,
con el vacío de los signos
que no dijeron cuanto podrían haber dicho.

Adorarás
la extensión de los puentes
que permiten pasar al otro lado
y olvidar lejos, tan
lejos como sea posible,
la cuadrada mandíbula del mundo
que viene contra ti.
Al menos esta vez, no triturará
las ciudades,
no le hará su daño al amor,
no acabará
con los dibujos de Carmina,
con la núbil caricia que dejaste
caer sobre su espalda.

Adorarás el día
en que no haya apisonadoras
suficientemente pesadas
ni suficientemente poderosas
como para estrujar en bruto este arrebató
de sed, esta humedad, esta semilla
dormida

en el fondo más fondo de la manzana.

ARROYOS

BEBES el agua clara de la fuente.
A su cauce te entregas,
con el río te vas,
con su limpia ambición
depurada en la roca. En su sigilo
y en su hondura viene hasta ti
la larga claridad del día.
Sonríes porque es tuya
y quieres que así sea para siempre.
Así, sin más misterio,
se extiende su locura irrefrenable
por dentro de tu cuerpo
y alcanza hasta tu noche última.

Miras al cielo ahora
y te desnudas a los altos
arroyos de ti mismo.

Por los cielos del cielo,
en forma de lamento, se descuelga
el agua.
Sabes que es tuya esta corriente entera,
esta avenida
transparente. En ti se mueve
y en ella te hundes y te anegas.

La eternidad no es otra cosa
que este momento dulce
de placer en que pierdes el sentido.

EN LA PISCINA DE FUENTEÁLAMO

ESTA mañana del verano
despierta
con un hondo trueno increíble
y con la lluvia, que se precipita
sobre las calles
barriéndolas,
tiñéndolas de cobalto. Es especial
el latido lluvioso
que por la cuesta abajo
se va
hacia los campos, hacia las afueras.
Los regueros del agua
siembran la claridad en su fluir,
la reparten como reparte
el panadero el pan en los hogares,
la van dejando escrita
en las ramas sedientas del almendro,
en el verde infalible
de las moreras
y en los palés, apilados en desorden
contra las fachadas de algunas casas
en construcción. Refuerza
esta aparente
inestabilidad de todo
la música,
que suena por ahí,
mientras el sol se desvanece
por el cielo final de julio.

Sobre la seda brizada de la piscina
golpea el esplendor
de las nubes salvajes. Los bañistas,
que se resisten a salir del agua,
salpican en las páginas
del libro que he abierto.

Hoy no se evapora al instante, casi
antes de caer, esta lluvia:
se desliza poema abajo,

traza arroyos que buscan otros márgenes,
inunda las palabras y las moja
en su transición pura,
desaletargando el sentido,
esta furia latente,
la clarividencia pertinaz de los siglos.

Un año más, en estas hojas húmedas
cabe el verano entero y caben
los muchachos terribles que lo habitan.

NOCTURNO EN LA BAHÍA DEL IJ

ANDUVISTE las calles —fue en enero—
de Ámsterdam. El vértigo en los puentes
te dictaba sus rumbos y la lluvia,
que venía del norte, por raíles
de tranvía, por parques y mercados
arrastraba las sombras, las maderas
podridas. Arrastrabas tú los pies,
eso es todo. Cayó el día. Las barcas
se dejaron morir sobre sí mismas
y dentro del abrigo te encontraste
como un pobre indigente descarnado.
La luz de los comercios expiró
súbitamente, herida —oh, por favor— de óxido,
pidiendo el mar, ahí, tan cerca, el Ij,
su bahía... Los cielos estallaron entonces
y otra luz, increíble, te inundó.
En un instante la ciudad fue otra:
el bullicio tomó las plazas
y hubo deseo, escándalo, belleza.
Ya no supiste qué decir, ni qué
canales destilaban la memoria
de Vermeer y Frans Hals ni qué música mágica
invadía las sinagogas, qué
claustro se convertía en una fiesta
o qué club hervía de sexo y éxtasis.
No existieron los mapas. En las piedras
se borró el nombre de los santos
y se impusieron el amor, la fiebre.
En el reloj de Oude Kerk el tiempo
se paró. En su cifra prodigiosa
lo viste: No tienen edad los jóvenes.
No los empuja al mar, no transcurre para ellos
la corriente. En sus ojos se estremecen
los siglos una y otra vez. Sus cuerpos
no saben de la muerte ni conciben
más designio divino que el placer,
que el calor. Ajustándote con fuerza
el abrigo, los viste bailar, muerto
de crudeza y de envidia. Con la noche

total volaron las sandalias de Hermes
y el fuego ardió por la ciudad
hasta el fondo de los cimientos.
Mientras ellos bailaban, tú escribiste
estos versos de pólvora en su honor.

LA OTRA ORILLA

A lo lejos, se ve la otra orilla
LOS ENEMIGOS

SIN más abrigo que estos labios,
dormí sobre la arena inhóspita de Harar
y me perdí en la herida abierta de la noche
siglo tras siglo,
por el borde absoluto de la tierra,
sin detenerme a nada nunca.
Ni el polvo
ni la herrumbre pudieron detenerme.

En la luz de los pozos del desierto
contemplé el rostro
de alguien que a mí se parecía;
con él anduve un trecho
inmenso, hasta dejarlo atrás,
por estas soledades.

Ahora, en lo más hondo del estómago,
me hierve una certeza, un último
resplandor. Mientras vuelan
las águilas por los despeñaderos,
mientras las olas rompen
en otros precipicios,
la música que para mí escriben los buitres
estalla en la otra orilla.

Una luz cegadora hay más allá —lo sé—,
y yo, que soy un espejismo,
me entrego a su espejismo.

LA SELVA

VOLVÍAMOS la vista a las entrañas
de la selva, esperando
la señal, como nunca
embriagados de excitación.
Era inminente el golpe
que nos derribaría.

A esa pobre quimera de peligro
nos dimos día y noche.
Y ahora está aquí, sobre nosotros,
cayendo sin piedad en nuestra carne,
inundándonos de lujuria y muerte.

Es demasiado tarde ya
y demasiado pronto. Arden,
en nosotros, sin extinguirse,
la terrible ferocidad
y el instinto asesino de los lobos.

Sobre nosotros saltan las palabras,
los daños y los días
con toda su barbarie ilimitada.
En nuestra carne hunden sus colmillos
afilados, su arisca incertidumbre.

HISTORIA NATURALIS

PERDONADLO por su belleza,
por su arrogancia.

Después de todo, el lirio del jardín
conoce los destinos del insecto
que en su cáliz durmió la noche
y que ahora —no es culpa suya—
busca la luz en la mañana
y se aleja y salta dichoso por el aire
y así va dando tumbos
por la hora primera de otro día maravilloso,
ignorando las sombras y el peligro,
ignorando la rabia y la syntaxis húmeda
de las raíces del manzano,
ignorándolo todo y cayendo de golpe,
desgraciadamente cayendo
en la red de la araña.

Perdonadlo si baila el lirio aún
mientras todo esto ocurre,
mientras la araña teje su mantra venenoso
y en nombre del infierno
destila su oscuro licor
o agudiza su abrazo de seda
sobre la víctima.

Perdonadlo si le es indiferente
que el insecto se ahogue en su tragedia,
que calle su zumbido entre los robles,
que sienta dentro el aguijón
que lo destroza
y aún pelee
contra las cuerdas, contra el pegamento,
y que agonice
y muera.

ÓXIDO

NI el cuero
ni el bronce
ni la noticia hundida
de los golpes que forjan la coraza,
ni las manos azules del herrero,
ni los arduos herrajes
nos salvan
del óxido.

ELOY

UNOS días después, me llamó. Dijo
que ya había leído el libro,
que lo había leído con toda su atención.
Que mis poemas seguían siendo radicales
pero que ahora había serenidad en ellos.
Al maestro le parecía oír
cómo se había ido
la juventud.
Y que había apreciado alguna música
cuando hablaba del árbol
de las afueras.
Y que algo también le había emocionado
en aquel otro poema
que parecía escrito al borde de una piscina,
con unas niñas en los brazos,
cómo se llamaba, era en verano, era hermoso.
Contra el invierno, Eloy. Y preguntó
por los amigos,
por cómo iban las cosas.
Afortunadamente
todo iba bien, era feliz, le dije.
Y volvió entonces a otros versos,
unos que hablaban de caídas
y pérdidas. También habló de aquello
que los pedantes
llamaban metapoesía. Al fin,
la inspiración no es más que ese deseo
vehemente —aclaró—
de escribir el poema.

En mitad de la tarde, el aire se detuvo
y esa palabra, con su peso
rotundo, cayó allí,
entre nosotros,
recién nacida. No un poema:
el poema.
Lo imaginé en la playa,
caminando a su encuentro él también,
en su búsqueda acostumbrada,

a la escucha de eso milagroso
que ocurre a veces.
A salvo, en su retiro, de las aulas,
pensaba aparecer
solo cuando no hubiese más remedio.
Reconocí un afecto muy antiguo en su voz
y toda la nobleza
del que es generoso de verdad.
Y me acordé
de algunas mañanas en Expo-Libro,
de un paseo a solas por Trapería
y de aquella edición barata de Planeta
con los *Cantos* de Leopardi
que me regaló porque sí,
porque una tarde mágica le había echado una mano.
Y él seguía hablando de ese poema
que dibuja las formas que flotan en el fuego,
del que cuenta cómo murió mi padre
y nos quedamos solos en abril,
y de ese otro poema, que yo adoro,
que le escribí a Carmina
para decirle
que la echaba de menos.
Y que se alegraba
de que siguiera en la brecha.
Desde luego, la poesía
necesitaba entrega
y disciplina
y soledad. Era preciso
propiciar la ocasión y luego dejarse llevar.
Porque estando por ahí
algo llegaba, pero no, no era eso.
Antes bien, poner el atento oído
al rumor y al latido de las cosas
para celebrarlas después
con todo su esplendor,
con toda su increíble intensidad,
en el poema.

SI TIENES MIEDO

ACUÉRDATE del sur y de los años felices cuando tengas miedo. Acuérdate de las cosas hermosas que has vivido, de la clara paciencia de los árboles, de la fiebre que ardió en tus ojos porque tenías sus abrazos puros, todo el calor sin fisuras de su boca. Si tienes miedo, piensa en la mañana que te vio volar por Carnaby Street exultante y transida de placer, loca de amor. Los días te lo dieron todo y ahora esperan más de ti, más aún: la codicia, la fragancia, la alegría y las fuerzas, el valor, el libre movimiento de tu pelo que hará desvanecerse la ruindad de la historia en sus brillos. Si te sientes, alguna vez, triste, recuerda el cielo de Marsella o sal a las calles blancas con los ojos abiertos, dispuesta para todo. Haz tuyo para siempre el día en que todo vibraba a tu lado o abre, con todo tu encanto, un libro y en voz alta lee, para tus adentros, el poema que canta los deleites, los frutos y las rosas del jardín de Epicuro.

19 DE MARZO

ME quedo con mis libros. Hoy tampoco salgo. ¿Adónde? ¿A qué? Me quedo aquí, descalzo, en la penumbra, al lado de Juan Luis y de Giovanni, entre William y Charles, con Félix, con Miguel, con María, con Vincent. Esta noche la fiesta es en la casa, entre los muebles heredados y alguna estantería llena de corazones vacíos y de polvo, de aventuras y saltos sobre la eternidad. Bailando con Carmina, fumando cigarrillos con Fray Luis y el anónimo autor del Lazarillo, por este río inmenso de palabras me dejo llevar. Hay en sus márgenes flores prohibidas. En sus sueños me hundo, y una y otra vez salgo a flote, vomito las algas, alcanzo orillas inalcanzables. Porque es de aquí de donde yo procedo, de donde soy, de donde realmente he sido y seré y soy. Me quedo en Jack y en Jorge Luis —él habla siempre en voz baja— y en Ernesto, en Kurt, en César, en Fernando, en Friedrich Wilhelm. Tal vez abra las puertas y deje que se cuele —también él sabe leer— el viento a esta habitación abierta al precipicio y a este ruido que empieza y no acaba. Y a esta ciudad que tampoco hoy duerme. Aquí me quedo con Pedro y el poema donde dice que solo es el hombre delgado que no flaqueará jamás.

LA CAJA DE DIBUJOS IMPOSIBLES

I

SE queda quieta en medio de la habitación, con los ojos fijos en un lugar indeterminado del suelo, y luego se vuelve lentamente y deshace la oscuridad. Aprieta con fuerza un rotulador edding, lo planta encima del papel y en un trazo continuo, único, extrae de las profundidades de su imaginación un dibujo. Es solo un perfil —dice—, una silueta. Unos jóvenes corren por la ciudad. Parece que buscan algo o que huyen de algo. Ella dice que no, que están quietos, detenidos en ese instante preciso de la belleza que es el deseo y que así es como deben estar. Luego les da color, los ilumina por dentro, les hace arder hasta volverlos figuras vivas. En el silencio de la tarde, si escuchas bien, los oyes respirar.

II

DEBAJO del armario hay una caja. Le pregunto qué es. Aunque no me lo dice, aunque evita la respuesta, sé que ahí duermen los dibujos tachados, los cuadros rotos. Es duro ese destino. Imagino su silencio, unos encima de otros, inocentes en su imperfección, tan hermosos sin embargo en su falta de final. Esas piezas son bosquejos, nubes inacabadas, melodías a las que les falta una nota. Abro la tapa, saco uno. Es una reunión misteriosa. En torno a una bandeja se sientan algunas personas. Sobre los rostros se extienden sin medida los brochazos rojos, envolviendo la escena en sangre o en amanecer turbio, en sacudidas del corazón. Es hermosa y triste esta reunión de fantasmas. En ese ámbito de lo imposible existen. ¿No te da pena? ¿No crees que tienen mucho que contar? Ella sonrío. Para que unos brillen otros tienen que morir.

CORRER EN LA CINTA

LA cinta de correr, abandonada
al lado de la tele, envejecida,
herida de óxido,
usada apenas por algunos atletas taciturnos,
en sus mecanismos contiene todo
el deseo y el tiempo
y la distancia.

Parece un aparato más, mecánico
y simple en su quietud.

Y, sin embargo,
como una bicicleta que se fuera
siempre más allá, siempre
cuesta abajo, esta cinta
se vuelve en mi correr sin rumbo
infinita, y sin límites
gira, febril.

De eso es metáfora:
de lo que no se mueve
pero no se detiene,
de lo que siempre es más y a más aspira
y no acaba.

Después de un rato,
sigo aquí, donde siempre.
Solo el pulso se estira
o se deshace en la velocidad,
latiendo acompasado
—como un péndulo— a los kilómetros.

Sin embargo, qué lejos ya de todo
y qué cerca y qué fuera de este mundo
y qué milagro
en el giro incesante de la rueda.
Permanezco en el mismo sitio, pero
soy otro y es otro también el día.

Contra mí mismo corro,
contra ese que he sido,
contra aquel hombre que seré,
sin cansarme jamás de perseguir
su voz,

sin cansarme de ser así
uno más entre todos los que soy.
Contra el día en que caiga
a los pies de la nada muerto,
sin desfallecimiento, corro.

OSOS POLARES

A veces me pregunto si soñar
—como balbuceaba el pobre Hamlet— es morir
o si, por el contrario, es esa alta
búsqueda del sentido de lo que somos,
más allá del sentido
común, de la conciencia lúcida,
más allá del número y las certezas.
Entre dos aguas, a horcajadas
de la luz y la sombra, el sueño ocurre
en el umbral
de lo que no tenemos y hemos pedido a gritos
y en el umbral de aquello que no nos pertenece
pero en nosotros está
como un latido irrenunciable.

Y, entonces, me pregunto para qué
y si es posible
que esta frontera sea solo marca
de agua que humedece
el final de los viajes
y levanta la costra de la herida
para sangrar aún.
Y qué nobleza hay en estas nubes
que descargan su dicha y su tormenta
sobre nosotros. Qué nobleza
en sentirse un oso polar
en mitad del desierto de los días.

BAÑERAS

NO hay nada más hermoso que la muerte.
Oh sí, claro que sí: la fuerza, la nobleza,
el dolor, la inconsciencia, el cielo, el canto
último, la nada, la paz, Catón
arrojándose como un samurái
sobre su espada estoica, el gran Sócrates
mojado como un pájaro de nadie,
herido por la íntima cicuta,
el albañil que cae desde el tejado
y grita aún el nombre de su hija.
Acuérdate de Stefan Zweig, roto
por el volcán de toda su amargura.
Acuérdate de Kurt Cobain si besa
con lengua un rifle de repetición.
Acuérdate de Séneca, impasible
en la tormenta, y de la pobre Janis
Joplin, aletargada en la heroína.
Acuérdate del que de hambre muere
rodeado de buitres, de los hombres
gaseados, de los que ardieron en la hoguera
y de la pequeña niña Pizarnik,
aleccionada en desamparo, quieta
para siempre en sedas de seconal.
Sí, desde luego, tienes razón: nada
tan hermoso como la muerte. Haz,
orgullosa animal desesperado,
lo que prefieras: no voy a ser yo
quien te desmienta o quien te obligue. Solo
te pido acompañarte en ese viaje,
llevarte al cuarto, a rastras, muy borracho,
y doblar las toallas sobre una silla antigua,
poner una música muy suave, algo
clásico tal vez, algo triste, pensándolo bien
mejor si es muy triste, y preparar
la bañera, esparcir en el agua las sales
agraces, las especias de la noche.
Déjame luego darte un largo beso
y admirar una vez más esa luz que irradas
y acostarme a tu lado con toda lentitud.

Quiero robar la daga con la que vas a hacerlo
todo. Tienes razón en todo, pero déjame
anticiparme a tus deseos vivos.
Y a los míos. La sangre será nuestra.

LA MUERTE DEL DERVICHE

EL pulso se desciñe de tu sangre
y ya no estás, no existes, flotas
en el vacío de un lenguaje
que no pronuncia nadie pero que ahí sigue
diciéndolo todo, colgando
de tus venas.

El círculo del cielo
se cierra en torno a ti: a tu alrededor,
como grandes cerezas silenciosas,
giran y giran los planetas.

Dentro de ti se mueve una corriente
de cenizas antiguas, de palabras
como estatuas caídas.
Hay danzas hipnóticas y entrañas
transparentes de pájaros,
alucinaciones de sal
que no inundan tus ojos: son tus ojos.
Son tuyos los latidos, los fragmentos
de este dios cósmico
que ahora crepita en tu interior.

¿Qué importa si el incendio
te distinguió con su ebriedad sin límites?

Solo eres un vagabundo
desolado, un faquir en cuyos labios
se hace añicos la noche.
Vuélcate en el delirio. Otra vez
deshazte de ti mismo. Acepta
este aroma y su destrucción.
Sé derviche en el baile redondo de los astros,
en el rotar sin fin de la conciencia.
Y a los pies de la nada cae muerto.

SOBRE EL INVIERNO

EL viento lúgubre, el hedor
y un cadáver expuesto a los aludes
han roto esta agua pura, estas orillas
puras, estos arroyos puros.
Han corrido los perros
con el rabo escondido entre las piernas.
Las águilas se han ido.
Incendiadas, las luminarias
son lava derretida en el alféizar
de las puertas. Sobre las piedras
viejas se deshace el otoño.
El invierno, crudo y cruel, ha caído
en las palabras. Las ha abierto en dos
gajos, en canal, la escarcha.
El cierzo congelado, el alboroto
pétreo del granizo
las han urgido a ser nieve muy sucia,
muy dura.
En su desolación,
las palabras no han conseguido
huir de tanto desencanto
ni pensarse libres en otros libros
ni evitar esta trampa,
su nevada estéril, su larga
marcha inútil y fría
sobre un mundo que no les pertenece.

AUTORRETRATO (RELOADED)

NO riego con ginebra los geranios
hace ya mucho tiempo —lo sabéis—,
pero sigo mirando la ciudad
desde el mismo balcón, desde su salto
rabioso sobre el mundo, con aquellos
mismos ojos que apenas son los míos,
con esta pena idéntica a la pena
con que fui escribiendo mi aventura
y mis tristezas. No parece haber
cambiado nada, porque el tiempo
y su reflejo hipócrita de luz
son aún la imparable bofetada
de mis veinte años y el mismo escombros,
el mismo desengaño, la caída
que es silencio y palpita hasta morir.
Pero sí, cambió algo, ahora que lo pienso:
se han doblado a mi costa los rigores
hasta doblar los hierros, hasta moler las rocas,
hasta convertirme en la sombra esquiva
que ni siquiera tiene fuerzas
para callarse de una vez por todas.

BRINDIS

Algunas personas estuvieron cerca o muy cerca de cuanto quise decir en estos poemas: Cipriano Játiva, Javier Lorenzo, Rubén Martín y David Moya, en «Los bárbaros»; José Benito Sánchez, en «Ludus Magnus»; Eloy Sánchez Rosillo, en «Eloy»; Mr. Roger Wolfe y David Sarrión, en «Raymond Carver»; Toñi Arenas, en «La otra orilla»; Javier Moreno, Antonio Aguilar y Alberto Chessa, en «La muerte del derviche»; Álvaro, Darío, María José, Lola y Paco, en «En la piscina de Fuenteálamo»; mis amigos, en «19 de marzo»; mi familia catalana, en «Manzana»; Constantino Molina y Pepe Enguídanos, en «Correr en la cinta»; Pedro Herrero, en «Fresas»; Antonio Rodríguez, en «Flash»; Rodrigo Sánchez Paños, en «Óxido»; Olivia y Lea, en «Arroyos»; Carmina Useros y Carmina Belmonte, en «Olas».

Por lo demás, este es un libro escrito pensando en quienes sufren, con las voces de los poetas albaceteños y murcianos siempre en el oído, con la presencia indeleble y necesaria de los que se han ido y con todo el amor para la gente de Fuenteálamo y Albacete. Agradezco su fe a quienes me echaron un cable desde el principio: Dionisia García, Ana Ochando Cerdán, María José Gómez Guillén, Pepe Miralles, Juan Luis López Precioso, Isabelle García, Soren Peñalver y el mágico Vicente Cervera. Y, por supuesto, a mis hermanos, que tan buenos y grandes son.

CAMINO ROMÁN

ACCIDENTE



ADONÁIS

656
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

Accidente

Román Álvarez, Camino

9788432147852

64 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Accésit del Premio Adonáis 2016 "por el encanto de unos poemas en los que destacan la frescura de su imaginería y la gracia de sus intuiciones".Efectivamente, a través de un lenguaje cargado de cotidianidad, ocurrente, ingenuo, a veces inesperado y caótico, la autora expresa su modo de involucrarse en el mundo, ligándose así a una variada tradición de poetas que van desde Wislawa Szymborska hasta Mark Strand, Charles Simic, Anne Carson o Gloria Fuertes. A primera vista, el libro no parece hablar más que de asuntos y objetos triviales, recurrentes, sin orden ni concierto, pero en una lectura de más calado, el lector descubre que, en realidad, ahonda en cuestiones de viva actualidad en la sociedad contemporánea, como la soledad, el desamor, la incomunicación o la melancolía, a la vez que revela algunas implicaciones negativas que conlleva el uso del móvil y del ordenador en las relaciones humanas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

John Henry Newman
El sueño de un anciano



selección doce uvas

RIALP

La Novena Sinfonía de Beethoven

Newman, Cardenal John Henry

9788432144066

104 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Consciente de la enorme capacidad formativa de la música, Beethoven intentó abrir un camino hacia la felicidad. Su Novena Sinfonía es una festiva proclamación de la unión fraterna y el respeto al Creador. Escuchada así, no solo emociona su alegría: sobrecoge también el mensaje de esperanza y la ternura que transmite su armonía. Así lo muestra el autor en este original y breve ensayo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

— * —

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

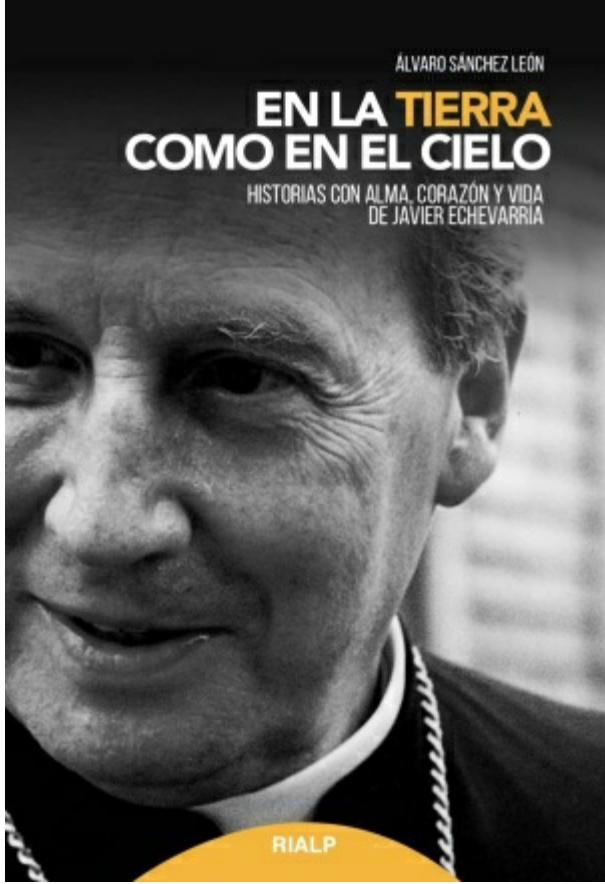
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Flash	6
La piedra	7
Pescadores	8
Ludus Magnus	9
Olas	11
Los bárbaros	12
Raymond Carver	15
En la infancia de Yorick	16
Fresas	17
Manzana	18
Arroyos	20
En la piscina de Fuenteálamo	21
Nocturno en la bahía del Ij	23
La otra orilla	25
La selva	26
Historia Naturalis	27
Óxido	28
Eloy	29
Si tienes miedo	31
19 de marzo	32
La Caja de Dibujos Imposibles	33
Correr en la cinta	35
Osos polares	37
Bañeras	38
La muerte del derviche	40
Sobre el invierno	41
Autorretrato (Reloaded)	42
Brindis	43